

EL GRAN PRONOSTICO

Por José Gabriel García

A pesar del abandono en que durante más de tres siglos tuvo la Metrópoli a la antigua parte española de Santo Domingo, condenada a vivir de un pequeño situado que como limosna le daban de los sobrantes de Méjico, sin medios de perfeccionamiento social o político, ni más elemento de trabajo que la esclavitud; despoblados sus campos, muerta la industria, el espíritu público abatido y la instrucción primaria desatendida; nunca pensaron sus empobrecidos habitantes en romper los vínculos de la dominación colonial, que por desgracia les hacía llevadera la circunstancia de encontrarse colocados en una situación especial, enteramente distinta a la que después de la conquista le había cabido en suerte a los demás pueblos de la América española.

Ocupada en mala hora la parte occidental de la isla por los aventureros franceses que a poco de la conquista lograron poner el pie en ella con el auxilio de los bucaneros, no obstante los esfuerzos inauditos que hubieron de hacer los naturales por impedirlo, sosteniendo una lucha sangrienta en que consumieron sus recursos y menoscabaron los brazos que necesitaban para el cultivo de la tierra; lógico y consecuente era que consideraran la irremediable ocupación, legitimada más tarde por el tratado de paz ajustado en Riswick entre las potencias coaligadas, como una amenaza constante, no sólo contra el rico tesoro de las tradiciones de familia en que veían representadas sus glorias pasadas, sino lo que es más todavía, contra el amor que profesaba al culto católico, el apego que tenía a las costumbres nacionales, y el encanto que hallaban en el uso de la lengua nativa, lazos indisolubles de unión con la madre patria en que fundaban risueñas esperanzas para el porvenir.

Por eso sucedió que cuantas veces pretendieron los intrusos vecinos poner en práctica por medio de invasiones, tan repetidas como traidoras la idea de absorción con que continuo deliraban, aguijoneados por el deseo de dar ensanche a sus estrechas posesiones, otras tantas vieron estrellarse sus esfuerzos contra la lealtad y el valor de los dominicanos, cuya adhesión



sin límites a los intereses españoles en América, formaba chocante contraste con la indiferencia que de ordinario recibían de las autoridades coloniales, en premio de los inmensos sacrificios que hacían por defenderlos.

No bastó a entibiar siquiera ese entusiasmo ardiente por la nacionalidad originaria, ni que Carlos IV, soberano tan falto de previsión como de energía, obedeciendo ciegamente a los fríos cálculos de una política mezquina, dejara de tener en cuenta la fidelidad, nunca desmentida, de la primada de sus colonias, su probado heroísmo, sus continuos sufrimientos, su resignación ejemplar, y el amor que profesaba a sus reyes, para comenzar por abandonarla a sus propias fuerzas, y concluir por renunciar definitivamente a su dominio, cediéndola a la Francia por medio del tratado de Basilea, en compensación de las conquistas hechas por las armas francesas en Cataluña y en las provincias vascas; porque si bien es verdad que la administración de los franceses fue para los dominicanos un período de grandes transformaciones, así sociales como políticas y mercantiles, capaces de haber producido en días no lejanos bienes incalculables, no es menos ciertos que inaugurada bajo los auspicios de una solidaridad imposible entre los destinos de las dos secciones de la isla, tuvo que ser vista con hondo desagrado por la mayoría de los hombres pensadores, cuando la invasión inesperada del terrible Dessalines vino a ponerles de manifiesto, que no auguraba sino los riesgos de una unidad territorial incompatible con la manera de ser de los dos pueblos que habitaban la isla, o los azares de una rivalidad constante y peligrosa.

De aquí que cuando todas las colonias españolas esparcidas en el continente sur-americano, se aprovecharon sabiamente de la detención de la familia real en Bayona y del nombramiento que proporcionó a José Bonaparte la gloria de ocupar el trono de los Reyes Católicos, para desplegar la bandera de la revolución y proclamar su independencia política de la Metrópoli, los dominicanos esperaron con resignación ejemplar a que el pueblo español se lanzara a la lucha sangrienta que se inauguró el 2 de Mayo en Madrid, para hacer causa común con ella y tomar las armas contra los franceses, emprendiendo por su propia cuenta y riesgo la reconquista de la nacionalidad que sin su



consentimiento se les había arrebatado; hecho singular porque no tiene ejemplo en los anales de la historia del nuevo mundo, cuya realización acometió con buen suceso el célebre caudillo don Juan Sánchez Ramírez, vencedor en la acción heroica de Palo Hincado de los valientes soldados de Marengo y Austerlitz.

Necesario fue que Fernando VIII, el deseado, desdenara torpemente los méritos contraídos por los próceres de la Reconquista, que todo lo habían arriesgado en su empresa, reposo, vida y hacienda, a trueque de ver tremolar de nuevo en la Torre del Homenaje la bandera de Castilla, para que los dominicanos llegaran a desencantarse por completo, y adquirieran, con la persuasión de que no valía la pena de haber hecho tantos sacrificios por restaurar un orden de cosas añejo, que si bien tenía en su favor las simpatías generales, estaba ya en abierta oposición con los intereses bien entendidos de la localidad, la dolorosa convicción de que mejor y más provechoso habría sido encaminar de una vez la revolución a la conquista de la independencia absoluta, como lo habían hecho con tanta cordura las colonias hermanas del continente; idea grandiosa que no tardó en encarnar en la cabeza del pueblo, sobre todo cuando el estado de abandono y descuido en que quedaron los pueblos fronterizos, por falta de los recursos necesarios para mantener en ellos una vigilancia activa y eficaz, demostró que la administración española había perdido ya el único mérito que la hacía estimable a los ojos de los dominicanos, el de hacer imposible la indivisibilidad política de la isla, proclamada por el pueblo haitiano al constituirse en estado soberano e independiente.

Así se explica la facilidad con que el Licenciado don José Núñez de Cáceres pudo ofrecer al mundo el espectáculo de un pueblo resuelto a destruir la obra que con sus propias manos había levantado diez años antes, que no de otra manera aparece ante la historia el hecho de la proclamación de la independencia, realizado el día 10. de diciembre de 1821 por los mismos hombres que habían llevado a cabo la Reconquista. Por desgracia, este acontecimiento, en vez de aclarar el horizonte del porvenir de la familia dominicana, lo oscureció más y más, condenando a su ilustre promovedor a sufrir el tormento de ocasionar la ruina de la sociedad que de buena fe pensó haber hecho



feliz. Boyer, que a poco de ocupar la presidencia, había tenido la gloria de unir las jurisdicciones sur y norte de la parte francesa que habían estado separadas bajo los gobiernos de Petión y Cristóbal, creyéndose predestinado por el cielo para poner en práctica el principio de la indivisibilidad territorial consignado en la constitución que había jurado sostener, reunió inmediatamente un ejército respetable, y atravesando con ánimo resuelto las fronteras, sometió a la dominación haitiana, a paso de vencedor, todos los pueblos todavía indefensos de la parte española.

Entonces fue cuando el caudillo de la independencia, constreñido por las circunstancias a no poder hacer otra cosa, pronunció en el acto solemne de efectuar la entrega de las llaves de la plaza de Santo Domingo al afortunado conquistador, el notable discurso, lleno de energía y previsión, en que al manifestar públicamente que aunque el éxito de su empresa no hubiera correspondido a los deseos de los dominicanos, ni a los suyos tampoco, esperaba que éstos le harían justicia en lo que miraba a la pureza de sus intenciones, consignó las siguientes frases que con avidez ha recogido la historia: *siempre ha sido de una grande influencia en los políticos para la constitución de los estados y para esta misma trasmutación de diferentes pueblos en uno solo, la diversidad de lenguaje, la práctica de una antigua legislación, el poder de las costumbres que han tomado raíz desde la infancia y, en fin, la desemejanza de éstas, del mantenimiento y vestido... La palabra es el instrumento natural de la comunicación entre los hombres, y si éstos no se entienden por el órgano de la voz no hay comunicación posible; y veis aquí ya un muro de separación tan natural como podría serlo la interposición material de los Alpes y Pirineos. EN FIN, YO NO DISPUTO, PORQUE LOS HECHOS HAN TENIDO Y TENDRAN SIEMPRE MAS EFICACIA PARA PERSUADIR QUE LAS RAZONES.*

Al oír estas últimas palabras, que por lo enérgicas y significativas, fueron aceptadas por el presidente Boyer, ni más ni menos que como una protesta solemne lanzada contra la toma de posesión que con osadía inaudita acababa de realizar, murmuraron los engreídos invasores *sofismas y más sofismas,*



por boca del general Frevost, desautorizado refutador de las teorías filosóficas del Licenciado Núñez de Cáceres. *Sofismas y más sofismas*, repitieron en coro los elementos conservadores que tanto abundan en todas las sociedades; y mientras que el caudillo derrotado se apresuraba a embarcarse para el extranjero en busca de un pedazo de tierra hospitalaria en que ponerse a salvo de los golpes de la calumnia; y las familias ricas o acomodadas abandonan los lares patrios para irse a refugiar en los países hispanoamericanos de las Antillas y el Continente, la mayoría de los dominicanos, triste y desamparada, doblaba la cerviz bajo el yugo de los haitianos, sometiéndose resignada aunque inconforme, a las consecuencias de la reunión violenta a que se veía condenada, sin otras esperanzas de encontrar remedio para un mal que le parecía irreparable, que las que le suministraban su confianza en Dios, la fe de sus progenitores y la eficacia de una práctica constante de todos los sentimientos nobles y generosos.

En semejante estado las cosas y siguiendo el tiempo su curso natural, transcurrieron más de tres lustros de arbitrariedad y despotismo, sin que el sentimiento nacional diera señales de vida, que tal parece como que las masas populares, temerosas de provocar el enojo de los dominadores, buscaban en una impasibilidad irritante la seguridad y garantías con que de otra manera no podían contar, dados los recuerdos espantosos que habían dejado en el país las invasiones de Toussaint y Dessalines. Empero, como está escrito que el reinado de la tiranía no puede ser eterno, ni la esclavitud de los pueblos permanente, plugo el Cielo que de la generación misma que se había levantado bajo la sombra del pabellón haitiano, surgiera el feliz iniciador de la idea separatista que había de servir de lábaro a la redención de la familia dominicana. Juan Pablo Duarte, predestinado por el Altísimo para regar con buen éxito la semilla revolucionaria, reunió en torno suyo a la juventud de la época, e inspirándole el santo patriotismo de que estaba rebotado su corazón, formó con los más conspicuos de sus representantes el apostolado de la buena causa. En vano pretendieron las autoridades haitianas, al sentir en la opinión pública el efecto de los trabajos de propaganda que se hacían, apelar al rigor de



las persecuciones para poner un dique al desborde de las iras populares. La hora de la emancipación había llegado ya para los hijos de este suelo, y cuando menos lo esperaban los envalentonados usurpadores, demostró Francisco del Rosario Sánchez al mundo imparcial desde la siempre memorable Puerta del Conde, que la indivisibilidad política de la isla era imposible, proclamando el día 27 de Febrero de 1844 la separación eterna entre las dos partes que la constituyen y la existencia como Estado independiente de la República Dominicana.

Como se ve, los hechos habían tenido más eficacia que las razones y el gran pronóstico del Licenciado don José Núñez de Cáceres quedaba cumplido. ¡Gloria, pues, a ese sabio ilustre, gloria a Duarte, gloria a Sánchez, trinidad patriótica que simboliza la encarnación de la autonomía política de Quisqueya!

Santo Domingo, 27 de febrero de 1889.

(*El Teléfono*, No. 309, Sto. Domingo, febrero 27 de 1889).

